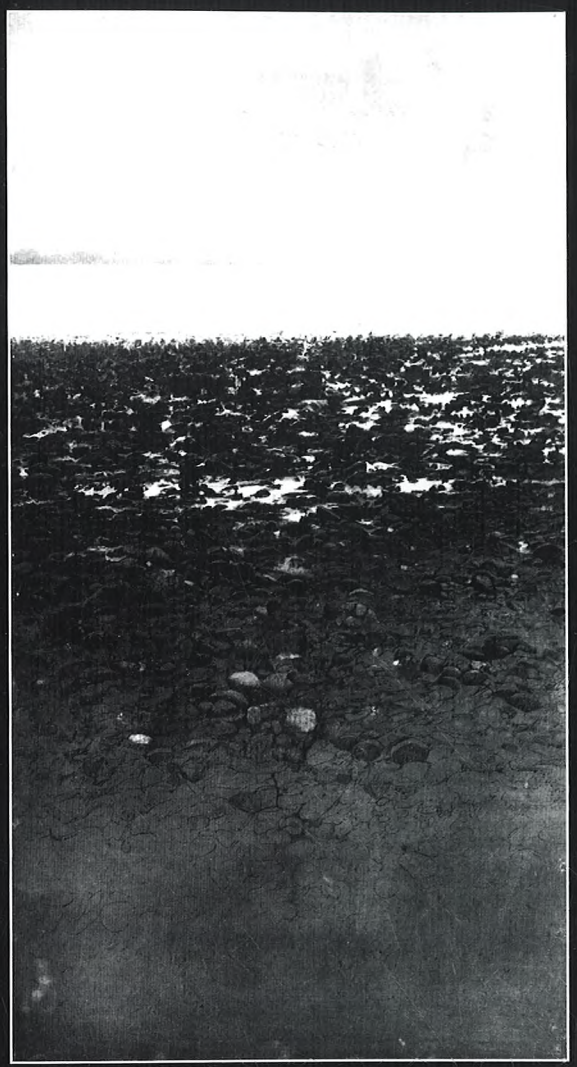
* Pedro Tébar García

# La dama y la NOCHE



Marta sale a la calle, como cada atardecer, para dar una vuelta por el centro de la inmensa ciudad y pasear al perro, un diminuto e indefenso animal al que ella adora y con el que se comunica como si fuera un hijo. La gente la rodea por las aceras y la envuelve, se siente protegida mientras avanza con pasos menudos, lentamente. Va caminando en línea recta, la mirada al frente, dueña de ese pequeño espacio que va rellenando su figura. Luego espera hasta el último momento para que el kamikaze que le viene de frente y que casi la arrolla, se desvíe finalmente, a su derecha o a su izquierda, y su cuerpo avance sin obstáculos, igual que se abre paso el cuchillo en la pulpa tierna del melocotón. Se divierte Marta porque descubre que ella es también kamikaze para el que tiene delante, recuerda vagamente las noticias de prensa que hablan de conductores suicidas, y se ve propietaria de una estrecha autopista por la que sólo ella circula en la correcta dirección. *Crispín*, su perro, perdido entre el tropel de piernas y zapatos que los rodea, se mueve con pequeños saltitos y mira de vez en cuando a su ama para saber si continúa dominando la situación. Marta le devuelve una mirada cómplice y tranquilizadora, "Adelante, *Crispín*, sin miedo, mirada alta, paso firme, sin miedo, nadie se atrevería a pisar a un perrito, no te separes de mí". El perro ladra, agradecido, y su ladrido tiene la virtud de ensanchar aún más el reducido campo por el que circulan: apenas una sombra oscura, la de su abrigo negro, se mueve acompasadamente rodeada de destellos multicolores, jóvenes y maduros en mangas de camisa. Es un día sofocante de verano en la ciudad. "Bien hecho, mi ángel guardián. ¡Atención a ese señor que se acerca! Es un ciego y si no lo remedias nos podemos dar el tortazo". Un solo ladrido es suficiente para que el ciego, sorprendido en medio de su concentración, se desvíe a su izquierda, trastee con su largo bastón

el suelo embaldosado y luego siga en línea recta, levantando un poco la barbilla, como queriendo olfatear el viento. "Eres un sol", murmura Marta mientras mueve su mano y lo acaricia. Juegan los dos como si fueran niños, aislados del mundo.

# La señora mira a Marta...

Marta y *Crispín* abandonan la ancha y ruidosa avenida de La Victoria y entran en Ronda de los Tejares. Están en el centro de una ciudad que se adormece y se mueve al compás que le marcan riadas de personas que van y vienen a un ritmo agotador. No hay tregua en la calzada ni en los acerados, pasarán todavía algunas horas hasta que esta calle que ahora parece programada desde el cuadro de mando de los semáforos para intentar evitar el colapso y la locura, recobre la calma. Los grandes almacenes y los bancos llenan de cristaleras sus amplias fachadas y las luces de los escaparates, que empiezan a encenderse, atraen a los viandantes como si fuesen insectos. *Crispín* se retrasa husmeando a otro perro que pasa junto a él. Su ama lo mira cariñosamente y le recrimina. Una vez concluida la rueda de reconocimiento, satisfecha su curiosidad, los dos perrillos se llevan anotada en su memoria una ficha completa de su sexo y su raza, de su estado de ánimo, de olores y sabores del piso donde viven, de su vida canina regalada y amable, carácter de su dueña, perfume de su dueña y hasta el olor a clínica de su último veterinario. Eso piensa ella. Marta quisiera entrar en aquellos grandes almacenes, para curiosear más que para otra cosa, los mira desde la acera pero desiste porque grandes letreros, visiblemente expuestos, consideran a *Crispín* un visitante molesto, él, que es educado y tierno como el olor del membrillo. Se decide por fin y entra en una cafetería donde otra señora, sentada frente a un respetable pastel de chocolate, saborea la merienda mientras su perro guardián, apoyado en las patas traseras, vigila su gula. La señora mira a Marta fijamente y la saluda con curiosidad. Se fija sobre todo en su abrigo negro y en sus medias. Son medias pesadas, de mucho abrigo, no medias transparentes como las medias antiguas que llamaban *de cristal.* Ella no lleva medias. Parece no entenderlo, "una mujer bastante rara", piensa mientras vuelve a su fiel compañero, concentra toda su atención en terminar el pastel. Allí dentro huele a levadura y a pan, a nata y a merengue y el tibio calorcillo que desprende el microondas cuando se abre, trae aromas de vainilla y de miel. El otro escolta saluda a *Crispín* mientras las dos señoras les recitan al unísono, cada una a su perro, como una cantinela, reglas de cortesía y de urbanidad. Marta, despojándose ceremoniosamente de un abrigo que huele a alcanfor, se sienta de espaldas a la puerta,

frente al amplio mostrador, la mira burlonamente el camarero, pide té con limón y helado de pistacho, se sumerge ahora en este oasis de silencio donde la voz de los clientes se escucha limpia y clara, como la voz del profesor en el sosiego del aula. La otra mujer, acabada su consumición, se limpia cuidadosamente la boca, vuelve a pintar su boca, se aleja seguida por su perro y sale al exterior. *Crispín* ladra con disimulo, se despide así del otro camarada, corretea hacia la puerta y luego vuelve al calor de su dueña. "Aquí, Crispín, aquí, vuelve aquí, perrito malo". Marta, terminado el helado, paladea ahora y se recrea con los últimos sorbos del té, disfruta del contraste entre el helor azucarado del pistacho y el calorcillo ácido del limón. Como si de un rito se tratara repite mecánicamente los mismos movimientos de la otra señora: se levanta sin prisas, sacude levemente su leve falda estampada, abre su bolso verde, rebusca con calma en su interior y toma un espejo dorado. Mira en el espejo, en pequeñas porciones, cada rincón de su cara: su pelo tan bien asentado, el color de su rostro, sus ojos y su boca, "*Crispín*, qué viejos somos", le dice a su perro mientras da un toque malva a sus labios, todavía sus labios con la humedad fría y dulce del pistacho. El perro se rasca sin pudor detrás de las orejas y mira para otro lado, no quiere darse por enterado de la rigurosa observación que le ha hecho su amiga, nadie sabe los años que tienen los perros, no hacía falta, pues, aludir en público a su edad, piensa el chucho mientras se encamina hacia la puerta.

*-Doña Angelita, de parte de la directora, que si puede usted venir a la Residencia*
*-Pero, ¿qué pasa? ¿A estas horas? ¿Le ha ocurrido algo a mi madre?*
*-Que si puede venir, me lo ha dicho la directora.*

Afuera la calle revienta de sonidos en esta hora punta de la noche. Las interminables hileras de la gente que avanza en vertical, como la parte central de un ejército, se incrusta, a intervalos de segundos, en la línea horizontal de los que esperan en los pasos de cebra. No deja de ser un misterio que los voraces automóviles sean capaces de detener su marcha ante un simple cambio de colores. Pero sucede así y los peatones, aliviados de una espera que les parece interminable, se lanzan, confiados, a la otra orilla, se atropellan, se cruzan, se diluyen y desaparecen. Rugen los roncos motores de los potentes corceles, detenidos durante segundos en contra de su voluntad, y se lanzan de nuevo a la aventura del asfalto, airean sus poderosas bielas y cilindros en una inútil carrera de continuos obstáculos hasta que, irremediablemente, otro semáforo los detenga.

Marta abandona la confortable cafetería seguida de su perro y cierra con cuidado la pesada puerta de cristal. Al poner el pie en la acera su mente ha de ele-

gir hacia un lado u otro lado. Siempre lo ha hecho. Pero su pensamiento, de pronto, está trabado y vacío, está hueco, como la noche oscura que se levanta por encima de su cabeza. Es un vacío interior, igual que ocurre en nuestro cerebro cuando uno de sus circuitos, sorpresivamente, se ha desconectado. Se mueve lentamente queriendo recuperar su orientación, busca un detalle, un kiosco, una cornisa, un luminoso fosforescente, una encrucijada que le resulte familiar. Pero sólo encuentra rincones desconocidos, signos extraños e inquietantes. Mira a *Crispín* y nota su desconcierto, el perro levanta su cabeza y ladra sin entender, avanza unos metros, vuelve de nuevo y se acomoda al paso de la dama. ¿Pueden los perros percibir la turbación y el trastorno de sus dueños?

# Marta se siente sola,...

Marta se siente sola, terriblemente sola en medio de la calle, mira ahora los rostros de la gente tratando de buscar alguna cara conocida. Pero todas le resultan desdibujadas, como sacadas de una película en colores de muertos vivientes. Gira sobre sí misma, busca de nuevo la cafetería pero ya no la encuentra. Quiere regresar a un punto conocido e intentar empezar desde allí, como cuando hemos olvidado fragmentos de una novela y volvemos al principio para reconstruir la trama. Lo intenta una y otra vez. Va y vuelve. Cada vez con más desesperación. Pero le es imposible reconocer nada. Se siente deslumbrada y ajena en la amplia avenida. Se siente sobre todo deslumbrada por la luz de las farolas. Ella piensa que es la luz quien le impide saber dónde se encuentra. Piensa en las mariposas. Es la luz de las mariposas, esa luz que las encandila y las atrapa. No quiere caminar, a dónde caminar, qué hace ella allí, qué está ocurriendo. Decide entrar en un bar y preguntar, pero qué preguntar, se ve a sí misma como una niña en tiempo de exámenes a la que se le ha olvidado completamente la lección. Pero lo intenta, abre la puerta, se encamina hacia el mostrador, mira a un lado y a otro buscando en los rostros de los que charlan y beben algún signo de complicidad. Pero la miran con desconfianza y hasta sonríen, "mira la loca", parece que dicen, y ella no está loca, sólo está perdida y sola. Balbucea al acercarse a la barra del bar, es una lengua extraña la suya, como cuando nos despertamos de un mal sueño y no acertamos a encontrar las palabras exactas que nos conduzcan de nuevo a la realidad. No pueden ayudarla. Lo intentan, pero no pueden. No la comprenden, tartamudea, no saben lo que quiere. Tiene miedo de volver a la calle porque sabe que la calle, con su bullicio, la desorienta y la aturde todavía más. En la calle le zumban los oídos y está llena de sombras a pe-

sar de la luz. En la calle se puede extraviar irremediablemente y disolverse, como una mancha, en las camisas coloreadas de los transeúntes que pasan.

*-Sí, doña Angelita, debió salir a eso de las seis. Y no ha vuelto.*
*-¿Pero cómo es posible? ¿Iba sola? ¿Se ha retrasado tanto antes en otras ocasiones?*
*-Nunca, señora, es la primera vez que ocurre esto. ¿Quiere que llame desde aquí a la policía? ¿Al Hospital tal vez?*

Marta decide por fin volver a la calle. Sale con temor y la calle la recibe como a una exiliada. Avanza ahora con lentitud, pesadamente, como avanza el viajero que se ha perdido en medio de un desierto. De pronto alguien la prende del amplio vuelo de su abrigo y se detiene. Se vuelve rápida y una voz conocida, en tono de preocupación y de reproche, la va apartando de la acera –expuesta está allí al atropello y la prisa- y la va conduciendo con suavidad hasta los portales iluminados de las tiendas. Una mujer joven la mira con alivio y a la vez con alarma mientras intenta librarla de aquel abrigo negro que la ciñe como una bufanda. "Pero mamá, qué haces a estas horas en medio de la calle. Vengo de la Residencia y allí están todos muy preocupados. Tú nunca te has retrasado tanto. ¿Sabes que ya ha pasado la hora de la cena?" Marta sonríe con disimulo, quiere dar a entender que no ha ocurrido nada, al fin y al cabo sólo ha sido un retraso en su paseo, "la gente que me detiene y me pregunta, y los escaparates..., están tan resplandecientes los escaparates, disfruto mucho con ellos ¿Usted también, señora?" "Mamá ¿sabes quién soy? ¿Me reconoces? Soy tu hija, mírame". Y la anciana la mira como reconociéndola, y le dice que sí, "claro que sé quién eres", y la vuelve a mirar y a sonreír, contenta, muy contenta de que alguien la detenga y le hable. "Soy Ángela, tu hija. Tú tienes cuatro hijos, yo soy la menor, Ángela". "Sí, claro, Ángela", le contesta Marta, picaronamente. Nunca sabrá nadie si dice la verdad.

# Marta sonríe con disimulo...

Madre e hija caminan ahora hacia la Residencia. La anciana habla y habla, va relatando historias con entusiasmo, contenta de aquella compañía que la conduce con seguridad por las aceras. "Mamá, ¿y este abrigo de invierno? ¿Cómo te has podido poner este abrigo? ¿No sabes que estamos en verano? Y esa falda tan corta ¿de dónde la has sacado? Parece que vas a un baile de disfraces." Marta mira su abrigo desabotonado y abierto, mira su falda corta y sus medias de seda, mira a su hija casi como un reproche, pero no dice nada. Camina cada vez más altiva,

más lenta y ceremoniosa, en silencio ahora, parece que las palabras de su hija han abierto un poco de luz en su cerebro, una luz oscura y triste que le va helando el alma. Otra vez sus neuronas quieren unir sus hilos invisibles y funcionar. Les cuesta trabajo pero quieren de nuevo funcionar. Las calles le van resultando familiares, se anima al descubrir las vallas y los setos. Es ya noche cerrada. De pronto, al traspasar la puerta de aquel centro de ancianos, con la alarma en los ojos, Marta se vuelve hacia la hija y le dice: "¿Y *Crispín*? ¿Dónde está mi perrito? ¿Dónde está mi perrito bonito? Alguien se lo ha llevado". Y pretende volver sobre sus pasos. Se detiene y aguarda un instante, como queriendo escuchar algún ladrido. Su hija la vuelve a coger, suave pero firmemente, del brazo, la conduce hacia el centro de aquel hogar, ya débilmente iluminado, y le dice: "Pero mamá, lo has debido olvidar, porque sabes muy bien que *Crispín* murió el año pasado".

Cae la noche sobre la vieja dama mientras su hija cuchichea por los pasillos con los monitores, parece recriminarles algo, les da consejos y advertencias, le cierra un poco más a Marta con sus órdenes aquella puerta que, día a día, la conduce a la calle, le abre un poco más también, sin saberlo quizá, otra puerta, esta más grande y espaciosa, más silenciosa y oscura. Aquella puerta que va a dar al mar.